

— Sí, en el primer piso. Esa ventana que ves ahí es la de su cuarto. No puedes equivocarte : la escalera da justamente en frente.

— Bueno, gracias ; no me costará gran trabajo encontrarla.

Los dos cómplices se separaron.

III

DOBLE RAPTO

En tanto que Teresa Vignon se dirigía hacia el edificio principal, Rigoberto penetraba en el ala izquierda del convento, de donde antes de diez minutos volvía á salir llevando en brazos un cuerpo ligero y ondulado, completamente inerte.

Era el de Blanca de Lagardère Nevers.

— Menos mal — murmuró el miserable — que se había acostado vestida, de lo contrario hubiera tenido que llevarla en un traje algo primitivo ; lo cual hubiera sido un tanto molesto, hay que confesarlo, para mi modestia. ¡Hacer un trayecto de seis leguas con una señorita en camisa!... ¡Y qué linda es! — exclamó, mirando con ojos llenos de codicia las encantadoras facciones de la joven. — ¡Ah! ¡lástima no estar en el puesto del rey!... ¡Vendería mi alma al diablo, si preciso fuera, por ser dueño de semejante tesoro!...

Y lanzó un suspiro que resumía el pesar de no poder cometer el crimen reservado á Luis XV.

Luego, cambiando de idea, añadió.

— Pero, ¿y Teresa? ¿acabará pronto? Ya que ella puede abrir la puerta principal, no hace falta que intente yo atravesar la otra. Siempre hay que temer, con un perro guardián como el tío Tanguy.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando, de pronto, se estremeció y aguzó el oído.

Un ruido insólito, seguido de quejidos y gemidos, salía de lo interior del edificio principal.

— ¿Qué quiere decir ese tumulto? — se preguntó.
— ¿Se habrá engañado Teresa al creer á todo el mundo dormido... y la estarán persiguiendo las monjas? ¡Demonios! Si así fuese, estábamos cogidos como en una ratonera.

Escuchó.

El ruido seguía.

Permaneció indeciso un segundo : ¿debía huir con la señorita de Nevers y dejar á la Vignon que saliese como pudiera del aprieto?

Muchas ganas de hacerlo le entraban.

Pero, pensando luego que su salvación dependía de la nigromante, dominó su cobardía y fué á ver lo que pasaba.

Dejando, pues, á la joven en el suelo contra la tapia, lanzóse hacia una entrada que veía, é, internado en un pasillo, encontró, á los pocos minutos, una escalera cuyos peldaños franqueó á toda prisa.

Llegado arriba, fué testigo de una rara escena.

Ante sí extendíase un largo pasillo alumbrado, en el extremo en que se hallaba, por una lamparilla sita en una rinconera fija en la pared.

Á lo largo de dicho pasillo aparecían las celdas de las hermanas. La primera al lado de la escalera era la de la superiora; la siguiente, la de Luisa Moutier.

En el umbral de esta última permanecía Teresa Vignon, rodeando con un brazo á la joven reclusa dormida, y rechazando con el otro á la abadesa, que, desfalleciente, asíase á sus vestidos.

He aquí lo que produjo semejante escena :

Sor Felipina, así como las demás Agustinas, había absorbido, mezclado con la bebida servida en la cena, el líquido que la echadora de cartas había dado á sor Benita. Pero, el caso es que, como apenas había humedecido los labios en el vaso, sólo ingirió una pequeña cantidad de narcótico, y, en vez del pesado sueño que hubiera debido anonadarla, sólo fué presa de una torpeza, especie de amodorramiento general que, paralizándolo su cuerpo, le dejaba no obstante lúcida la imaginación.

De ahí resultó que al penetrar la Vignon en la celda de Luisa Moutier, percibió muy bien el chirrido de los goznes de la puerta y el ruido que hacía la bribona para sacar á la niña de la cama.

Extrañada de ese movimiento inusitado en el cuarto de su pupila, y al mismo tiempo invadida por súbita angustia, consiguió, no sin infinitos esfuerzos, reconquistar parte de su energía y llegar al corredor, donde, espantada, vió á la que conocía bajo el nombre de

señora de Thibault, preparándose á llevarse á Luisa como presa.

Entonces habíase arrojado sobre la miserable, exhalando los quejidos que oyó Rigoberto.

Decimos « quejidos », pues no de otro modo pueden llamarse los sonidos roncós y velados que emitía, aunque su intención evidente fuese lanzar gritos agudos.

Desgraciadamente, su garganta, contraída, negábase á dejar salir la voz y la volvía afónica, por decirlo así.

Al ver al joven, exclamó Teresa, designándole á Luisa Moutier.

— Pronto, Rigoberto, ven pronto á aligerarme de esta carga, para que yo me desembarace de la abadesa; de lo contrario estamos perdidos.

Un instante bastó al miserable para apoderarse de la niña.

Los rasgos de la superiora expresaron indecible angustia, porque ahora se veía impotente para oponerse al rapto de su pupila.

En efecto, así que Teresa tuvo libres las manos, se desprendió brutalmente de la abadesa y empezó á bajar por la escalera con Rigoberto, que llevaba á la joven.

Pero, al verlos prontos á desaparecer, la pobre monja pareció recobrar sus fuerzas y comenzó á seguirles, como un autómatá, redoblando sus gemidos.

— ¡Al demonio con la llorona! — exclamó encolezado el antiguo cómico; — ¿nos irá á acompañar así mucho tiempo? Acabará por traicionarnos. En fin, peor para ella; á grandes males grandes remedios: voy

á subirla á su celda y á atarla á la cama con las sábanas. Teresa recoge la chiquilla.

— Espera — repuso Teresa, — va á subir ella por sí misma.

Y haciendo en seguida frente á la abadesa, la Vignon clavó en ella sus ojos y extendió la mano en dirección de su cabeza, con autoritario ademán.

Rigoberto la miraba con estupor.

— ¿Te vuelves loca? — le preguntó. — Te digo que cojas á la joven.

— ¡Duerma usted! — ordenó Teresa sin responderle.

— ¡Duerma usted!... ¡Yo lo quiero!...

Al oír estas palabras, la superiora experimentó una suprema rebelión, y alargando los brazos para intentar apoderarse de Luisa, exclamó con voz desgarradora.

— Luisa... Luisa... mi hi...

No pudo decir más.

De pronto, se detuvo, cual si ante ella se alzase una valla. Y hasta parecía que acababa de recibir un choque.

— ¡Duerma!... — repitió Teresa, aumentando la intensidad de su mirada.

Los brazos de la abadesa volvieron á caer entonces á lo largo de su cuerpo, y sus párpados después de pestañear un poco, se bajaron lentamente sobre sus pupilas, á las que, poco á poco, ocultaron por completo.

— Ahora — ordenó la Vignon, — vuélvase á su cuarto y permanezca en él hasta que el sol haya efectuado la cuarta parte de su excursión.

Dócil á esta orden, sor Felipina subió con paso

30146

automático las pocas escaleras que había bajado y fué á reintegrar su celda, en donde se la oyó encerrarse.

— ¡Es asombroso! — dijo Rigoberto; — el diablo y tú debéis de estar en buena armonía, y no quisiera yo ser enemigo tuyo, querida... Vamos, ¡no me mires así, ó suelto todo!... Pero, lo mejor que podemos hacer es no perder tiempo; podría surgir aún algún acontecimiento desagradable, del que quizás no saliéramos tan fácilmente.

— ¿Has ido á buscar á Blanca de Nevers? — preguntó Teresa, cuando estuvieron abajo de la escalera.

— Sí, sí, está aquí cerca. La he dejado un momento al aire para ir á ver lo que ocurría arriba.

— ¡Pues bien! Déjame á la Moutier y ve á recoger la otra... Yo me marchó.

Rigoberto entregó á la niña á la Vignon, salió del pasillo con ella, y mientras su cómplice, dando la vuelta al edificio, tomaba rápidamente el camino de la puerta principal, se dirigió hacia el punto en que la señorita de Nevers, privada de conocimiento, yacía recostada contra el muro.

Al llegar junto á Blanca, que continuaba sumida en profundo sueño, Rigoberto se bajó para levantarla. Pero, apenas la había tocado con las yemas de los dedos, cuando se proyectó en el muro una sombra, y una voz gritó detrás de él:

— ¿Qué haces ahí, Josen? ¡Me gustaría saberlo!

Galvanizado, levantóse Rigoberto como un resorte y dió una vuelta que casi le hizo chocar con el tío Tanguy.

El estupor en que le dejó la inopinada presencia del

viejo jardinero fué tal, que se quedó como petrificado y turbado hasta el extremo de no poder responder una sola palabra.

Y sin embargo, esa presencia le era imputable.

Tenía por causa haber olvidado cerrar la claraboya de su chiribitil al salir de la casita.

El aire fresco de fuera, penetrando en la habitación del tío Tanguy, acabó por despertarlo. Porque bueno es decir que el veterano se guardaba muy bien de probar la parte líquida, compuesta de vino — muy poco — mezclado con mucha agua, y á veces simplemente de agua pura.

Á tan insípido brebaje, sustituía él regularmente uno ó dos vasos de vino de Borgoña, del que siempre tenía algunas botellas escondidas en el fondo de un arca.

Así había hecho también aquella noche, ahorrándose, sin sospecharlo, la absorción del narcótico de Teresa.

Y gracias á esto pudo despertarle el fresco de la noche.

Al sentir que esta iba á acariciarle con su frío hálito, pensó, con razón, que debía de haber algo abierto en su casa, y levantóse para asegurarse de ello.

Empezó por visitar la puerta y la ventana de su cuarto, reconociendo que una y otra estaban herméticamente cerradas; pasó al reducido local que ocupaba su sobrino, y al instante observó la abertura del tragaluz y la desaparición del pariente.

Sumamente sorprendido por dicha desaparición, púsose inmediatamente á buscar á Josen, y después de

registrar por todas partes la huerta, penetró en el jardín. No hallándolo tampoco allí, disponiase á regresar á su mansión, pensando que tal vez el joven hubiera regresado durante su ausencia, cuando distinguió de lejos una sombra que se movía junto al claustro.

Acercóse entonces cautelosamente, y reconoció al fugitivo, á quien interpeló como acabamos de ver.

— Vamos, responde; te pregunto ¿qué es lo que haces aquí? — repitió el buen hombre, mirando á Rigoberto con ojos interrogadores. — ¿Acostumbras á pasearte de noche, muchacho?

Con movimiento instintivo, habíase colocado el joven delante de Blanca, y la tapaba por completo al anciano. No obstante, su situación era de los más turbadoras, porque, de un momento á otro, á poco que se moviera el jardinero, no podía menos de verla.

Transcurrió un cuarto de minuto, durante el cual recobró el miserable toda su sangre fría.

— No tengo más que un medio de salir de este mal paso — se dijo en cuanto pudo razonar, — y es comprar la complicidad del viejo y, si se niega, dejarle fuera de estado de oponerse á que salga yo de aquí con la hija del duque.

Y poniendo en seguida en práctica su idea, gritó al oído del veterano :

— Tío Tanguy, quinientas libras para usted, si me deja cumplir tranquilamente la tarea que me han encomendado.

— ¿Eh? — exclamó, estupefacto, el jardinero — ¿qué me dices de tus quinientas libras y de tu tarea?

— Le digo, que si hace usted como si no viera nada de lo que va á pasar, le traigo mañana veinticinco luises en oro, con la efigie de Luis XV, ¿entiende?

Y, moviéndose con ademán cínico, descubrió á Blanca, sobre la cual caía un pálido rayo, formándola un nimbo como á una mártir.

— ¡Un cadáver! — dijo el tío Tanguy, aterrorizado.

— ¡No, hombre no!... — exclamó Rigoberto — ¡Demasiado ve usted que esta joven está durmiendo!

Inclinóse el viejo hacia la señorita de Nevers y, al cabo de un segundo, levantó la cabeza. La conmoción que acababa de experimentar al reconocerla, le hizo palidecer. Al ver la resuelta actitud del miserable, que ya no se tomaba la molestia de desempeñar su papel de aldeano, comprendió al fin que si la desgraciada extendida ante él se hallaba en tal estado, es porque querían cometer en su persona un crimen cien veces más espantoso que el asesinato.

Con frecuencia había oído hablar de esos raptos de doncellas ejecutados en otros conventos, por orden de fastuosos libertinos, y ya no dudaba de que su supuesto sobrino sería agente de alguno de dichos personajes.

Ignoraba que obrase por cuenta del rey.

Y aunque lo hubiera sabido, no sería por eso menor su indignación.

Así, atendiendo sólo al furor que le subía al cerebro, arrojóse contra Rigoberto, exclamando :

— ¡Bandido! quieres raptar á esta niña para echarla como pasto á los deseos de algún miserable libertino, ¿no es eso?... Pero yo estoy aquí, y sabré impedirlo.

Y fué tan violento su choque contra el antiguo cómico, que éste, que no preveía tan brusca agresión, estuvo á punto de caer al suelo. Sólo le retuvo la tapia, contra la cual tropezó.

— ¡Cómo! — dijo con sorna, recobrando el equilibrio — ¿no quiere usted que nos arreglemos amistosamente? Como guste, tío Tanguy. Eso es cuenta suya.

— Sí, cuenta mía es, ganapán — respondió el anciano, agarrándole por la garganta. — ¡Primero, vas á purgar el haberte burlado de mí... haciéndome creer que eras hijo de mi pobre Mónica, que antes hubiera muerto, que dar al mundo un granuja de tu calaña!... ¡Bandido!... ¿Dónde has robado los papeles que me enseñaste esta mañana?

— Muy curioso es usted, buen hombre... Pero, basta; por última vez le preguntó si rechaza mi oferta: quinientas libras, mañana, antes de las diez...

Por un fenómeno muy frecuente en los sordos, la exasperación en que se hallaba el jardinero le devolvía casi el oído.

— No sólo rechazo tu vergonzoso mercadé — le dijo; — sino que, además, voy á entregarte á la policía, para que te envíen á donde deberías estar, es decir, á galeras.

Y al mismo tiempo, trataba de tumbar al joven para hacerse dueño de él.

Como todavía era vigoroso, pensaba vencerlo pronto, tanto más, cuanto que el retroceso que le había hecho sufrir al principio le hacía suponer que su resistencia sería de corta duración.

Desgraciadamente, se engañaba. Rigoberto era también muy fuerte, y, además, tenía la ventaja de la juventud.

Así que éste se hubo convencido de que era imposible todo arreglo con el viejo, pasó, de la defensiva que había guardado hasta entonces, á la ofensiva.

Con movimiento enérgico, hizo soltar presa al tío Tanguy; luego, cogiéndolo con irresistible fuerza por la cintura, lo echó bruscamente contra el suelo, en donde lo mantuvo tendido, aplicándole una rodilla contra el pecho.

Hecho esto, sacó un pañuelo del bolsillo, lo enrolló á modo de mordaza, y lo colocó en la boca del jardinero. Después, sacándose un largo cinturón que llevaba en la cintura, le ató fuertemente con él pies y manos.

Todo esto fué ejecutado con tal rapidez, que el pobre hombre no tuvo tiempo de darse cuenta.

Cuando Rigoberto le vió así, completamente inmóvil, se levantó, diciéndole:

— Siento mucho, « querido tío » haberme visto obligado á acudir á este extremo; pero, sabe usted, el servicio de su Majestad ante todo. Esta hermosa niña va á ir á terminar su sueño á uno de los saloncitos del harén real... Hasta la vista.

Y, tras esto, cogió á la señorita de Nevers y se marchó hacia la puerta principal.

La Vignon no lo había esperado. De lejos percibió el ruido de un altercado, y, sospechando que su cómplice acababa de tener un mal encuentro, temió por su expedición nocturna y apresuróse á huir.

Por otra parte, poco importaba su marcha á Rigoberto; ya nada tenían que hacer juntos y cada cual debía irse por su lado.

Por consiguiente, una vez fuera del convento, el miserable sólo pensó en alejarse á toda prisa, y pronto se le hubiera podido ver encaminarse á pasos agigantados hacia el Sena, atajando á través de los terrenos vagos que, en el siglo pasado, convertían en un desierto aquella parte de París.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

EL SOBRINO DEL TÍO TANGUY

Ocho días antes, encargado por Lebel, que había recibido órdenes de la Pompadour y se las había transmitido, de raptar la hija del duque de Lagardère-Nevers para conducirla á la casa secreta del rey, Alcides Rigoberto habíase puesto en campaña sin darse cuenta exacta de las dificultades que iba á tener que vencer.

No tardó en percatarse de que su misión era mucho más complicada de lo que había creído al principio.

Á los primeros datos que tomó relativos á la manera de entrar en el convento de Agustinas de Picpus, misión accidental de la joven por raptar, comprendió que aquello era asunto que exigía astucia poco común, so pena de fracasar completamente desde el primer momento.

En efecto, si la puerta principal del convento sólo se

abría por autorización especial de la abadesa, la pequeña no dejaba por eso de ser casi imposible de franquear, pues su guardia estaba á cargo del tío Tanguy, viejo cerbero incapaz de dejarse convencer por palabras y menos aún de venderse.

El tío Tanguy era un antiguo soldado de Fontenoy, á quien el duque de Noailles, á cuyas órdenes había servido, le hizo tomar allí su alojamiento de inválido.

El buen hombre estaba aún muy fuerte, á pesar de haber cumplido los sesenta, y desempeñaba admirablemente su doble oficio de jardinero y de guardián.

Sólo tenía un pequeño defecto, que ya sabemos: era sordo como una tapia.

La sordera le provenía de un mosquetazo que un anglosajón le había dado en la cabeza, en una lucha cuerpo á cuerpo que con él había tenido en la batalla contra los ingleses.

Otro cráneo cualquiera que no fuese el del tío Tanguy hubiera estallado como una nuez fresca, ante tan formidable choque; pero hay que creer que el suyo poseía extraordinaria fuerza de resistencia, porque apenas si se lo abrieron.

El cirujano que le curó tuvo que buscar buen rato entre la mata de sus cabellos el lugar en que había sido herido, y, en definitiva, no pudo más que constatar una leve contusión en el cuero cabelludo.

Verdad es que era bretón, y que los hijos de la anti-gua Armórica pasan por tener cabeza muy dura.

Pero, como hubiera sido demasiado bueno para él salir indemne del golpe, ocurrió que la conmoción pro-

ducida por el choque atacó á sus nervios auditivos, que, desde entonces, quedaron paralizados.

De ahí su sordera casi absoluta.

Pero esto no le molestaba lo más mínimo para el cumplimiento de sus funciones.

Por otra parte, ¿de qué le hubiera servido el oído?

¿Hace falta oír para plantar rosales ó sembrar zanahorias?

Claro que no; con tal de tener ojos, no hace falta más; y los suyos eran excelentes.

Sólo una cosa hubiera podido molestarle: y era la venida de sus proveedores que, como hemos dicho, entraban por la puerta del huerto.

Es evidente que, por efecto de su sordera, hubiérale costado gran trabajo saber el momento en que se presentaban, por fuerte que hubieran aporreado en la puerta.

Pero, ya sabemos que, para remediar este inconveniente, quedó convenido entre él y ellos, que sólo vendrían éstos en días y horas determinados.

De ese modo, los días y horas indicados, el veterano no tenía más que abrir la puerta para encontrarlos detrás.

Si alguno faltaba, peor para él; el jardinero la volvía á cerrar despiadadamente, y el ausente tenía que esperar á que se abriera de nuevo en las condiciones estipuladas.

Era, pues, imposible toda superchería y no se citó caso de que ningún intruso penetra por cualquiera de las puertas.

— ¿Cómo demonios — se preguntaba Rigoberto, — conseguiré entrar ahí sin producir alarma?

Muy ardua le parecía la cosa, y en vano se devanaba los sesos para resolver el problema, cuando, una noche, subiendo por el barrio de San Antonio, después de haber pasado parte del día examinando el convento, por todos sus lados, como llevaba haciendo diariamente una semana, fué abordado por un palurdo aldeano que le preguntó á quema ropa:

— ¿No conoce usted á mi tío Iván Tanguy, antiguo soldado militar?

— No — iba á responder brevemente Rigoberto, para librarse del importuno.

Pero, antes de pronunciar esa palabra, se acordó, muy felizmente para él, de que el nombre de Tanguy correspondía al jardinero de la inviolable morada que estaba sitiando con los ojos hacía tiempo.

— ¿Eh? — exclamó, deteniéndose ante el personaje.
— ¿Me preguntaba usted si conozco á un antiguo militar llamado Iván Tanguy?

— Es verdad, señor. ¡Yo no miento! — replicó el rústico. — Mi tío Tanguy, hermano de su hermana Mónica, de Quimperlé, que está cerca de Quimper.

— ¿Cómo es su tío? — preguntó el hombre de Lebel, queriendo ver si iba á hacerle el retrato del jardinero del convento, al que había visto varias veces cuando abría la puerta á sus abastecedores.

— No sé nada de nada. Casi no le he visto nunca.

— ¿No le ha visto nunca?

— ¡Sin mentir! No le he visto; puesto que se mar-

chó del pueblo antes de que yo viniera al mundo.

— ¿Sabe usted acaso lo que hace él?

— Ni una palabra, nada, nada.

Las respuestas negativas del mozo turbaban á Rigoberto.

¿Sería el tío Tanguy, el mismo Tanguy del convento?

Esto era lo que le interesaba saber, porque, al tiempo que hablaba, acababa de concebir un plan destinado á introducirse por fin en el convento de las Agustinas.

Para lo cual hacía falta estar completamente seguro de que el tío del de Quimperlé y el jardinero de Picpus eran una sola y única persona.

— Escuche, muchacho — díjole después de reflexionar. — No puedo darle hoy ninguna indicación precisa acerca de su pariente. Pero, como le veo apurado, y como me gusta favorecer al prójimo, voy á pedir una información sobre él esta misma noche, en todas partes donde vaya, y si quiere usted estar mañana á estas horas, en este mismo sitio, podré tal vez enterarle de lo que desea.

— Sí, señor — dijo el campesino tirándose de un mechón de pelos, pues había conservado su ancho sombrero en la mano. — Estoy á su disposición. Mañana, en cuanto llegue la noche, me plantaré aquí para esperarle.

Y dicho esto, separáronse ambos interlocutores yéndose cada cual por su lado.

Demasiado astuto para desperdiciar esta ocasión que podía ser buena, Alcides Rigoberto fuése en seguida á

vaciar algunos picheles á una taberna del barrio, propiedad de un tal Bonnard, que era el vinatero del convento, y le habló del tío Tanguy, como sin dar importancia á la conversación.

Al instante, el tabernero, que era muy hablador, le dió muchísimos detalles, diciéndole que el jardinero era de Quimperlé y había sido soldado.

Se lo había oído decir varias veces á él mismo.

No deseando más, salió Rigoberto de la taberna y corrió á casa de un amigo suyo que le debía numerosos favores pecuniarios, y en cambio era completamente suyo.

Era éste un hombre de unos cincuenta años que, precisamente, había estado antes en el ejército, y conservaba cierto aire marcial.

Sin iniciarle en su plan, el emisario de Lebel le explicó el favor que iba á pedirle.

Tenía que pasar por tío de un joven bretón que le llevarían, y arreglarse para retenerlo ocho ó diez días en su casa; tras lo cual se libraría de él fácilmente, pues el mozo era bastante tonto.

El individuo aceptó en seguida el papel que le encargaban, y, al día siguiente, Rigoberto, que encontró al rústico á la hora de la cita, la acompañó, asegurándole, durante el trayecto, que había conseguido descubrir á su pariente.

La entrevista fué emocionante, y el amigo del ex cómico fué tan hábil, que « su sobrino » no tuvo la menor sospecha del engaño.

Después de las primeras expansiones, propuso Rigo-

berto, que, para celebrar mejor el conocimiento, tuvieran los tres una buena cena.

Esta proposición fué aceptada, como puede suponerse, sobre todo, desde el momento que era el bueno de Alcides quien convidaba. Bajó á buscar viandas, y especialmente numerosas botellas de vino, y ambos cómplices se sentaron á la mesa con su víctima.

El de Quimperlé comía y bebía como buen bretón que era.

— ¡Caramba! ¡Caramba! — decía admirado apurando el vino que le vertían en abundancia. — ¡Qué buena sidrilla; pero qué buena es!

Mas, como no estaba acostumbrado á beber sidra dulce, al sexto vaso, cayó bajo la mesa, tan borracho como toda una compañía de lasquetetes.

Eso era lo que querían sus dos compañeros.

Desnudáronle y lo extendieron en la cama.

Una vez en posesión de los vestidos y papeles del mozo, retiróse Rigoberto, suplicándole que no le dejase escapar antes de la época convenida.

Estaba ya en disposición de ejecutar su deseo, porque el bretón, al cual « la sidrilla » soltaba la lengua, había contado extensamente todas sus cosas de familia, en una jerga singular, de la que el miserable bandido no perdió una sola palabra, pues estaba decidido á aprovecharla.

Sólo faltaba, pues, á Rigoberto, adoptar el aspecto exterior de un campesino bretón para sustituirse á éste, frente al tío Tanguy.

Ya tenía el traje — aunque algo ancho para él, pues

el bretón, á quien con tanta delicadeza se lo había quitado, tenía complexión de toro — y sabía imitar la pronunciación del lugareño; además, gracias á su antigua profesión de cómico, no le costaría gran esfuerzo el conseguir el buen resultado de su estratagemas.

La mañana del día que precedía á la noche en que se verificó el doble rapto en el convento de Picpus, el bueno de Tanguy estaba quitando los gusanos de un sembrado de alcachofas, cuando una piedrecita, lanzada desde fuera, cayó á su lado.

No hizo gran caso de ello.

— Algún chiquillo que se entretiene — pensó. Y continuó su trabajo.

Pero, al poco rato, un segundo guijarro, esta vez algo mayor, le dió en el brazo.

— ¡Culata de mosquete! — exclamó (Este inocente juramento era el único que le toleraba la abadesa, teniendo en cuenta el irremediable mal que había causado al pobre hombre un golpe dado con tan brutal arma) — ¡Culata de mosquete! Por poco más, me da en la nuca.

Espera, espera, chiquillo — exclamó desde el lugar en que estaba. — ¡Voy á darte un tirón de orejas!...

Suponiendo que bastaría esa amenaza para alejar al lanzador de proyectiles, prosiguió tranquilamente dando caza á los gusanos.

Pronto fué desengañado.

Una tercera piedra, y luego otra, ambas de tamaño respetable, vinieron á caer á sus pies.

— ¡Hola! ¿querrá matarme ese ganapán? — exclamó, furioso, el jardinero.

Cuando terminaba estas palabras, una quinta piedra pasaba por cima de la tapia, y tomaba la dirección de las otras.

— ¡Doble culata de mosquete! — profirió, presa de violenta cólera; — ¡esto es demasiado!

Cogiendo entonces una fuerte vara que le servía de rodrigón para los guisantes y con la cual pensaba acariciar vigorosamente las costillas de su agresor, encaminóse hacia la puerta de los proveedores y la abrió en seguida, dispuesto á lanzarse en persecución del temerario faccioso.

Pero apenas había la puerta girado sobre sus goznes, cuando el tío Tanguy se vió el cuello rodeado por dos robustos brazos que le apretaban hasta ahogarle, al mismo tiempo que le aplicaban dos sonoros besos en las mejillas.

El buen hombre, extremadamente sorprendido por aquel abrazo, quedóse al principio como petrificado.

Consiguiendo en fin soltarse de los brazos bajo cuya presión perdía el aliento, empezó á mirar al personaje que le dedicaba tan raro arrebatado de ternura.

Era este un joven de veintitrés ó veinticuatro años, de cara coloradota y fisonomía estúpida, vestido con el traje de los campesinos bretones.

Á su lado, en el suelo, había un lío atado al extremo de un enorme palo.

— ¡Caramba! ¡Caramba! querido tío, ¡cuánto me alegro de verle! — dijo el muchacho con voz penetrante

y tratando de arrojarle de nuevo al cuello del anciano.

Pero el tío Tanguy, poco deseoso de sufrir un nuevo abrazo, apartó al rústico con la mano, y bastante rudamente, por cierto.

— ¡Cómo! ¡me rechaza usted, tío! — exclamó el aldeano, alzando la voz y pareciendo quedar estupefacto. — ¡Ah! ¡no esperaba yo eso!

— ¿Cómo?... ¿que es lo que dice usted?... — preguntó el anciano, que no oía nada de cuanto gritaba el sobrino.

— Digo, que soy su sobrino Joson... Joson Miroux, hijo de su hermana Mónica, de Quimperlé, cerca de Quimper.

Esta vez era tan agudo el tono del muchacho, que consiguió hacer vibrar el tímpano atrofiado del anciano.

— ¡Usted!... ¡tú!... ¡mi sobrino!... — exclamó el jardinero, muy extrañado, y creyendo haber entendido mal.

— Sí, tío... el hijo de su hermana Mónica — repitió el rústico — sabe usted, la que se casó con Yván Miroux, el tejedor de cáñamo.

Estas palabras recordaron de repente al veterano que, al marcharse al ejército, veinticinco años antes, había dejado en el pueblo una hermana más joven que él, recién casada, y cuya suerte había ignorado siempre, pues nunca regresó al pueblo.

Puede figurarse la sorpresa que experimentaría al tener noticias suyas de modo tan extraño.

Y por primera vez desde hacía mucho tiempo, sintió una especie de enternecimiento en el corazón.

Ya no pensaba en rechazar al quimperlés, el cual, viéndole con mejores intenciones respecto de él, se le había acercado poco á poco.

— ¡Mónica!... ¿Conque eres hijo de Mónica?... — preguntó con emoción el jardinero.

— La verdad, tío, soy hijo suyo; y ella es quien me envía á verle — repuso el bretón, colocando la boca muy cerca del oído del anciano.

— ¡Ah! ¿te manda ella?... ¿Luego se ha acordado de mí, al cabo de veinticinco años?

— ¡Ya lo creo! Y se acordaba muchas veces. No se pasaba semana que no gimiese: « ¡Y mi pobre hermano, Virgen santa! ¿Qué habrá hecho el pobre desde que se separó de nosotros? ¿Dónde estará ahora? »

— ¿De veras decía eso?... Cuando vuelvas al pueblo, le dirás...

— ¡Oh! ¡no! ya no volveré, tío — interrumpió Joson, haciendo una mueca capaz de desgarrar el alma.

— ¿Por qué?

— Porque la pobre mujer... ha muerto.

— ¿Ha muerto?... — exclamó el tío Tanguy, muy impresionado por tal noticia.

— ¡Ay! sí; hace un mes justo... ¡Qué desgracia!...

Y al pronunciar estas palabras, el muchacho empezó á gemir y sollozar lamentablemente.

Hasta el mismo tío Tanguy tenía húmedos los ojos y estaba muy turbado; porque, al placer que acababa de experimentar al saber que su hermana no le había olvidado, sucedió de pronto la pena de haberla perdido.

De todos modos, pensando que un hombre, y sobre todo un antiguo soldado, debe sobreponerse al dolor, dominó el suyo y dijo :

— Vamos, muchacho, no hay que desesperarse de ese modo; no hay duda que es una desgracia, y muy grande, lo reconozco; pero, en fin, ni tú ni yo podemos remediarla. Cesa, pues, tu llanto, ó, cuando menos, no llores tan fuerte.

— Lo procuraré, tío — respondió Josen, restregándose los ojos con los dos puños. — ¡Es que, si supiera usted qué buena mujer era la madre!

— Eso es cierto; era una mujer excelente — dijo el anciano; — pero quizás se haya ido por eso mismo; pues bien sabido es que los buenos se van más pronto que los malos... ¿Y de qué ha muerto?

— De una fiebre de la cabeza... una fiebre... una fiebre... espere, el curandero dijo que se llamaba...

— ¿En la cabeza?... Sería una fiebre cerebral, — dijo el tío Tanguy que había oído esa palabra al doctor del convento.

— ¡Eso es! una fiebre cere... cere...

— Bral — terminó el buen hombre. — En fin, te lo repito, nada podentos hacer, y tienes que entrar en razón. Pero, ¿cómo es que te ha mandado aquí; puesto que ella no sabía donde estaba yo?... ¿Y con qué objeto lo ha hecho?

— Mírelo, tío. Al notar próximo su fin, me llamó y me dijo :

« Josen, hijo mío, estoy agonizando. Cuando me entierren, harás lo siguiente :

« Como no eres muy listo, sino que eres un tanto idiota y que aquí todos se burlan de ti por eso, lo cual te impide encontrar trabajo, sal del pueblo, y ve en busca de tu tío Iván. No sé yo en donde puede estar, ni si continúa en este mundo; pero se me figura que no ha muerto aún y que reside en París. Es un antiguo soldado, y éstos, según he oído, suelen vivir en la capital. Por lo tanto, vete allí y búscale por la gran ciudad.

« Cuando lo encuentres — si es que lo encuentras — le dices :

« — Tío, soy el hijo de su hermana Mónica y vengo aquí con objeto de que me busque usted algo, porque, en el pueblo, no hay trabajo para mí. — Él te colocará en cualquier sitio, pues en París hay labor para todo el que tenga brazos, y aun para los inocentes como tú ».

« Así es que en cuanto puse una cruz en su tumba, hice un hato y emprendí el camino.

« Desde que llegué á París, hace tres días, preguntaba á todos los transeuntes :

« — ¿No conoce usted á mi tío Iván Tanguy, antiguo soldado militar?

« — No — me decían riéndose de mí, algunos. — ¿Qué hace su tío? — preguntábanme otros.

« — No lo sé, la verdad — contestaba yo á éstos. — Lo único que puedo decir es que es hermano de su hermana Mónica Miroux, de Quimperlé, que está cerca de Quimper.

« Y á pesar de todo, ninguno podía darme noticias de usted.

« Dos días enteros rodé por la ciudad sin tener mejor

suerte, y empezaba ya á perder la paciencia, cuando ayer, por la noche, estando sentado en una taberna del barrio de San Antonio, se me ocurrió hacer la misma pregunta al amo:

« — ¡El tío Tanguy!... — me dijo. — ¡Ya lo creo que lo conozco! Es el jardinero del convento de Picpus. De vez en cuando le vendo una botella de aguardiente.

— ¡Hombre! ¿Estabas en casa de Bonnard? — interrumpió el jardinero. — En efecto, á veces le compro aguardiente.

— Eso es: Bonnard. Vi su nombre en la muestra de la tienda. Entonces le di las gracias y le dije que venía corriendo á Picpus.

« — No vaya esta noche, — me dijo el tabernero; — no podrá usted entrar.

« Y me dijo que no abriría usted la puerta más que ciertos días y á ciertas horas.

« ¿Cuándo podré ir, pues? — le pregunté.

« Y él contestó:

« — Pasado mañana, á las dos. Es precisamente día de compra, y entrará usted con los proveedores.

« — Bueno — le dije — Iré pasado mañana.

« Pero, al despertarme esta mañana, noté que no tendría valor para esperar un día más para verle, y vine al punto á Picpus.

« Y ahí estaba desde hace más de una hora.

« Como le vi en la huerta, por el ojo de la cerradura, le grité primero cuanto pude; luego, al verle que no hacía caso, recordé que su amigo Bonnard me dijo que

tenía usted los oídos tapados, y, para avisarle mi presencia, le he tirado chinitas.

— Que por poco me matan, tontuelo — dijo riendo el tío Tanguy.

— No puede ser, tío.

— ¡Pregúntamelo á mí!... Pero no importa; no me quejo, pues, á no ser por las piedras, no te hubiera visto hasta mañana... ¿Y también murió tu padre?

— ¡Oh! ¡sí! cuando yo era pequeñito.

— ¡Pobre chico! ¡Ahora estás solo!

— Sí tío. ¡Sólo tengo á usted!

El tío Tanguy permaneció pensativo. No quería abandonar á su sobrino. No obstante, se preguntaba qué iba á hacer de él.

En tenerlo en el convento no había que pensar.

Ningún hombre, fuera de él, tenía derecho á entrar.

— Josen — le dijo; — todavía no sé cómo me voy á arreglar contigo. Según me has dado á entender, no eres muy despejado, y en esas condiciones, será difícil colocarte. Sin embargo, no quiero que mi hermana se haya acordado de mí en balde, y trataré de buscarte cualquier empleo. De todos modos, te advierto que no podrás quedarte á mi lado; la regla del convento se opone terminantemente á ello. Pero, ¿qué sabes hacer?

— Pues sé sembrar, regar, binar, plantar coles, zanahorias, nabos y otras muchas cosas por el estilo.

— Entonces, lo que te conviene es emplearte en alguna huerta; eso no es difícil; hay muchas en los alrededores de Vincennes, y precisamente tengo que ir

por allí un día de estos, para comprar semillas de legumbres. Te colocaré en alguna de ellas.

Al enterarse de lo que con él pensaba hacer el tío Tanguy, Rigoberto no pudo reprimir un rápido movimiento de contrariedad, así como tampoco una contracción súbita de sus facciones, que modificó la alelada expresión de su rostro; pero fué esto tan rápido que no lo notó el jardinero.

— Sí; pero, qué va á ser de ti, de aquí á que yo vaya á Vincennes — continuó diciendo el anciano.

— Lo que usted quiera, tío.

— ¿Tienes dinero?

— Tenía treinta escudos al salir de Quimperlé... Ahora no me queda más que uno.

— Poco es; con eso apenas te llega para dos días.

El jardinero quedöse reflexionando de nuevo.

— Oye, Joson — le dijo al cabo de un rato — he aquí cómo podremos arreglarnos por ahora. Vas á entrar en el jardín, á instalarte en mi cabaña, y á quedarte muy quietecito en ella, sin producir el menor ruido; luego, yo voy á ir á contar la cosa á la señora superiora, pidiéndole permiso para tenerte á mi lado tres ó cuatro días, es decir, hasta que estés colocado, ¿entiendes?

— Sí, tío — repuso Joson, en cuyos ojos se notaba ahora un rayo de alegría.

— Antes, debo advertirte que si la señora superiora me niega ese permiso, lo cual puede suceder, tendrás que marcharte inmediatamente.

— Siendo así, ¿qué quiere usted, tío? me marcharé.

— Bueno. Lo que yo decía era simplemente para que no te cogiera de improviso. Ahora, sígueme.

Y el tío Tanguy entró en el jardín, precediendo á su sobrino, al que llevó en seguida á lo que, algo desdeñosamente tal vez, llamaba él su cabaña, y que era una casita de ladrillos, recostada contra la tapia, cerca de la puerta de entrada.

Allí encerró con llave al muchacho y fuése en seguida á ver á la abadesa para tratar de que ésta autorizase á su sobrino á pasar unos días con él.

Un cuarto de hora después, estaba de vuelta.

— Tienes buena suerte, muchacho — dijo á su sobrino. La señora superiora consiente en que te quedes aquí, conmigo, hasta que te coloques.

Nuevo rayo de alegría, más intenso aún que el primero, brilló en los ojos del joven.

— ¡Qué buena es su superiora, tío! — exclamó, — ¡quiero darle las gracias en cuanto la vea!

— Y harás bien, porque lo que hace es una cosa prohibida por la regla del convento. Si se supiera esto, la pobre recibiría una buena reprimenda del arzobispo, que no transige con nada. Así es que tendrás que esconderte lo más posible.

— Me esconderé, y, si es preciso, no saldré para nada de este cuarto.

— No se te pide tanto. Podrás ayudarme un poco á trabajar en la huerta; pero, con ningún pretexto, lo entiendes bien, con ningún pretexto, puedes pasar de la alameda que ves ahí; de lo contrario, te despacharían en seguida.

— No tenga cuidado, tío. Le aseguró que nunca se volverán hacia ese lado las puntas de mis zuecos.

— Bueno. Cuento con ello.

— ¿Y cuándo podré ver á la superiora?

— Esta noche, después de la cena... Como es menester que no te vea ninguna persona del convento, me ha dicho la señora abadesa que vendrá aquí, para que te presente á ella; quiere conocerte, como es natural.

— Es muy lógico, tío.

— Entretanto, si no estás muy cansado, puedes empezar á ayudarme á quitar las orugas de las alcahofas.

— Con muchísimo gusto, tío; no me gusta estar parado un solo minuto.

Entonces, manos á la obra.

Á eso de la una de la tarde vino la abadesa.

Era una mujer de treinta y cinco á treinta y seis años, de fisonomía dulce y grave.

— Este es el muchacho, señora superiora — dijo el tío Tanguy señalando á Joson, que estaba en pie á su lado, con una expresión más necia aún de lo que la tenía por la mañana.

La abadesa miró atentamente al forastero.

— El pobre muchacho no es muy avisado — añadió el jardinero; — sabe usted, nunca ha salido del pueblo; pero, poco á poco, el aire de la ciudad le dará aplomo; además, para el trabajo que tendrá cuando lo coloquemos, no le hace falta mucha malicia.

Á medida que clavaba los ojos en el rústico, se volvía más escrutadora la mirada de la abadesa.

La faz del personaje no acababa de hacerle gracia.

Á Joson parecía molestarle algo esa mirada y trataba de evitarla.

— ¿Tiene su sobrino documentos que establezcan su identidad? — preguntó la superiora al jardinero.

— La verdad, no me he acordado de enterarme; pero debe de tenerlos. ¿No es eso, Joson?

— Voy á enseñárselos, tío.

Fué en busca de su tío, lo registró, y sacó de él una especie de sobre de tela que contenía diversos papelotes.

— Mire, tío — dijo al jardinero, entregándoselos uno por uno. Aquí está mi fe de bautismo; luego la partida de defunción de mi pobre madre; después, la de mi padre.

Como el buen viejo no sabía leer, iba pasando los papeles á la abadesa, que los examinaba minuciosamente.

— Son buenos — dijo ésta después de volverlos en todos sentidos — y constatan de modo indudable la identidad de este muchacho... Es todo lo que quería saber.

— ¡Oh! yo no necesito verle dos veces para estar seguro de que es hijo de mi difunta Mónica. Tiene el sello de familia, y al mirarlo, me parece estar viendo á su pobre madre.

La superiora iba á hacer observar al tío Tanguy que no debía de parecersele mucho su hermana, porque las facciones de Joson diferían completamente de las suyas;

pero pensó que era mejor no hacer tal observación, y después de dirigir una última mirada al de Quimperlé, se retiró diciendo para sí :

— Hay que vigilar á ese muchacho; no me agradan sus ojos.

Ya sabemos que al hacerle suponer algún engaño, no engañaba á sor Felipina su intuición, y sabemos también que sus proyectos de vigilancia no debían impedir la ejecución del doble rapto combinado por Rigoberto, falso sobrino del tío Tanguy, y por Teresa Vignon.

V

LA PLAZA DE LUIS XV

El 20 de Junio de 1763, es decir, al día siguiente del en que se deslizaron los acontecimientos que preceden, considerable muchedumbre obstruía los bordes de la nueva plaza de Luis XV.

Se inauguraba la estatua que el corregidor Gabriel Jerónimo de Bullion, de acuerdo con los regidores, había decidido, en 1744, elevar al rey, en conmemoración de su restablecimiento tras la enfermedad de que fué atacado en Metz, la cual por poco pone á toda Francia de luto.

Quizá extrañe que esta resolución, adoptada diez años antes, permaneciese tanto tiempo sin ser ejecutada. Pero el escultor Eduardo Bouchardon tardó quince años en terminar su obra y los otros tres años se emplearon en buscar emplazamiento para la efigie.

Por otra parte, y aunque los trabajos de la « plaza